# *El Quijote* y las novelas

Arturo Damm Arnal

Muchas (al final de cuentas tantas como lectores ha tenido, y tantas como las veces que cada lector lo ha leído), son las lecturas que tiene *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. ¿De qué trata? El tema central son las aventuras y desventuras del Caballero de la Triste Figura. Pero no es el único. Hay más, y de ellos depende la riqueza de la obra de Miguel de Cervantes. Está, por ejemplo, el tema de la relación entre don Quijote y Sancho Panza. Otro: el de las historias secundarias dentro de la historia principal, como es el caso de la primera de aquellas: la de Grisóstomo y Marcela. Más: el de las reflexiones, como la primera de todas, que aparece en el texto al ritmo de "dichosa edad y dichosos siglos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados…"; recordando la, tal vez, más emotiva: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos (…), por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida…".

Al recordar los temas que aparecen en *El Quijote*, no debemos olvidar el de las gestas de los caballeros andantes, que inspiraron a Alonso Quijano, lo cual me lleva al tema que quiero resaltar: el de los libros. *El Quijote* es una novela entre cuyos temas encontramos, de manera importante, el de la novela, y el de su poder de transformación, como el que la novela de caballería ejerció sobre Alonso Quijano, al grado de transformarlo en don Quijote de la Mancha.

"Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos", nos informa el narrador, editor, comentarista (que todo esto lo es a lo largo de la historia) Miguel de Cervantes, quien comparte, con Alonso Quijano, el mismo gusto. Al inicio de la segunda parte, al momento de toparse, por casualidad, como debe ser en los asuntos verdaderamente venturosos de la vida, con el escrito de Cide Hamete Benengeli, Cervantes reconoce ser "aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles", dispuesto a dejarse llevar por su inclinación natural.

¿De qué libros se trata? Recuerdo los más importantes, aquellos que fueron objeto, en la biblioteca de Alonso Quijano, del escrutinio, ¡y censura con hoguera, en algunos casos!, del cura y el barbero, sin olvidar la buena disposición que para todo ello prestaron la sobrina y el ama del hidalgo: *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*, de Garci Rodríguez de Montalvo; *Las sergas de Esplandín*, continuación de Amadís, de la pluma del mismo autor; *Amadís de Grecia*, noveno libro de la serie, obra de Feliciano de Silva; *Don Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada; *Florismarte de Hircania*, de Melchor Ortega; *El caballero Platir*, obra anónima correspondiente al ciclo de los Palmerín; *El caballero de la Cruz*, de Alonso de Salazar; *Espejo de caballerías*, de Pedro López de Santamaría y Pedro de Reinosa; *Bernardo del Carpio*, probablemente de Agustín Alonso; *Roncesvalles*, de Francisco Garrido Villena; *Palmerín de Oliva*, atribuido a Francisco Vázquez; *Palmerín de Inglaterra*, de Francisco de Moraes; *Don Belianís de Grecia*, de Jerónimo Fernández, y la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, de la pluma, como todo el mundo sabe, de Joanot Martorell, obra ante la cual, en su ejercicio de censor, el cura exclamó: "¡Válgame Dios, que aquí está Tirante el Blanco. Dádmele acá, compadre (le dice al barbero),[1] que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempo", que es, lo digo yo, lo que se encuentra, entes que cualquier otra cosa, en los libros: esparcimiento. Lo dice, en algún momento de la historia de Cardenio, don Quijote: "Libros que son el regalo de mi alma y el entretenimiento

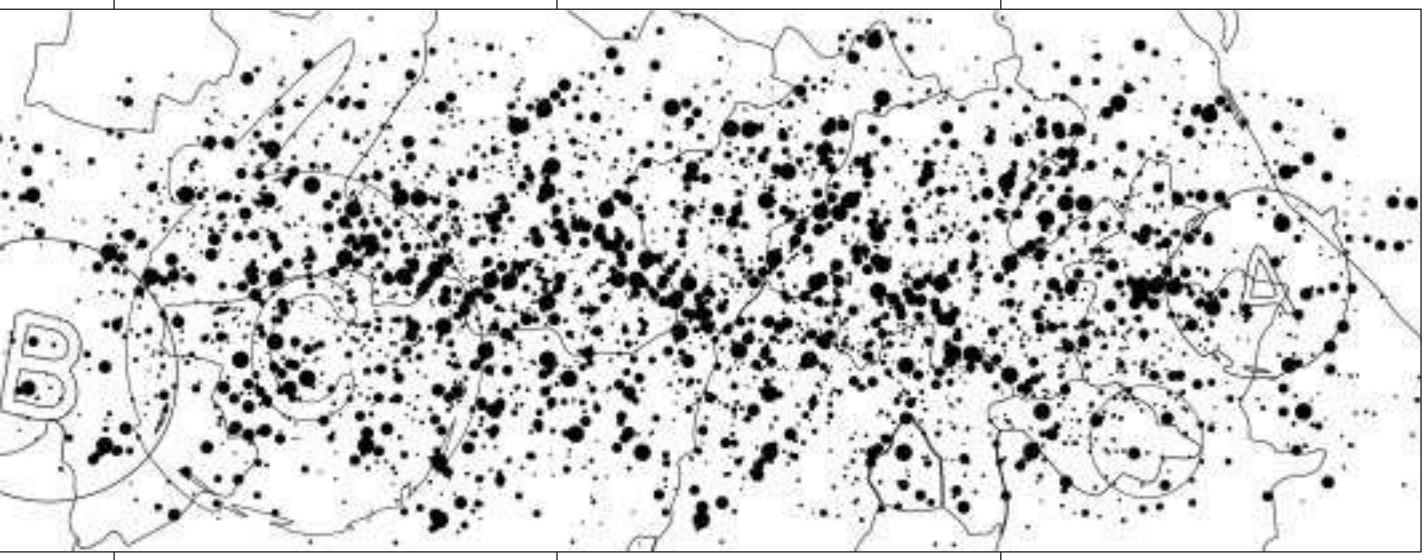
de mi vida", entre los cuales se encontraba *La Galatea*, de un tal Miguel de Cervantes, gran amigo del cura, según confesión de este último, y "más versado en desdichas que en versos". Cura y barbero pronunciaron más de un *Nihil obstat*, ¡que no todo terminó en llamas!, por no haber podido pronunciar, por obvias razones, un *Imprimatur*.

Recordemos, a manera de advertencia, y entre paréntesis que, como lo sentenció Heine, "allí donde queman libros, acaban quemando hombres", extremo al que el cura y el barbero seguramente no hubieran llegado, sin olvidar que, según apuntó Emerson, "cada libro quemado ilumina el mundo", como siguieron iluminando la imaginación de don Quijote.

*tadores, de los muchos que tienen los libros.* Quienes padecemos, yo el primero, la concupiscencia por los libros, sabemos lo acertado que resulta el temor del ama: *encantadores, de los muchos que tienen los libros.*

Por respeto a la verdad, y en honor del cura y el barbero, hay que recordar que la censura y el castigo que llevaron a cabo en la biblioteca de Alonso Quijano los hicieron más en función de los méritos literarios de cada obra que a partir de los posibles efectos perniciosos (más de uno consideramos que fueron venturosos, ¿pero quiénes somos para contradecir a la sobrina y a la ama, y de paso al cura y al barbero?), que cada uno de aquellos libros tuvo sobre el alma de Alonso Quija-

¿Qué encontró Alonso Quijano en las mentadas novelas? Otra vida, tan atractiva, comenzando por los ideales que la inspiraban, que no pudo rehusarse a vivirla. Cito a Vargas Llosa: "Los hombres no están contentos con su suerte y casi todos –ricos o pobres, geniales o mediocres, célebres u obscuros–, quisieran una vida distinta de la que viven. Para aplacar –tramposamente– ese apetito nacieron las ficciones. Ellas se escriben y se leen para que los seres humanos tengan vidas que no se resignan a no tener."[2] Quijano encontró en las novelas de caballería una vida que no tenía, como lo hacemos quienes en las aventuras de Athos, Porthos, Aramis y D' Artagnan; de Sandokan y Yáñez; de Sherlock Hol-



Sin embargo, no todo es regalo para el alma, tesoro de contento, entretenimiento de la vida, o mina de pasatiempo. No siempre la novela es vista de manera tan amable. Al momento en el cual el barbero y el cura, con la buena disposición del ama y la sobrina, se dan a la tarea de conocer, censurar y castigar a "los libros autores del daño", la primera, entregándole al segundo el hisopo para asperjar agua bendita, le dice: "Tome vuesa merced, señor licenciado: rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo". *Encan-*

no, a quien, lo dije y lo sostengo, esos libros, antes que otra cosa, inspiraron. ¿Será que toda locura quijotesca (aquí lo que importa es el adjetivo, no el sustantivo), es una forma de inspiración?

*El Quijote de la Mancha* es, entre otras muchas cosas, una reflexión en torno al poder de los libros, de la novela, ese maravilloso invento, insuperable, que tanta ocupación y preocupación, gusto y disgusto, ocio y trabajo, nos ha dado. Al final de cuentas, de no haber sido por la inspiración que las novelas de caballería le proporcionaron, Alonso Quijano no se hubiera transformado en don Quijote.

mes y el doctor Watson; de Tarzán; del Capitan Nemo, o de Phileas Fogg, o de Arne Saknussemm; de Fantomas, y tantos otros, encontramos vidas que no son nuestras y que, ¡aquí está el peligro!, son más atractivas que las nuestras, como bien puede ser la de don Quijote. Pero entre Quijano y todos nosotros hay una diferencia: nosotros nos conformamos con vivir esas otras vidas tramposamente en la ficción. Quijano no.

"No se escriben novelas para contar la vida sino para trasformarla",[3] nos dice Vargas Llosa, transformación que, en el caso de Alonso Quijano, operó, no de manera tramposa, sino honradamente,

trascendiendo a la realidad: Quijano se transformó en don Quijote, y don Quijote terminó por transformar a quienes le rodearon, comenzando por Sancho Panza.

*Don Quijote de la Mancha* no es la única novela que toca el tema de la influencia de la novela en el lector. Otro caso es el de *Madame Bovary*, de Gustav Flaubert: Emma se esfuerza por parecerse a los personajes de las novelas que lee, y "su empeño imposible de vivir la ficción nos parece personificar una actitud idealista que honra a la especie, porque querer ser distinto de lo que se es ha sido la aspiración humana por excelencia".[4] Pero no solamente ser distinto: ser mejor. Eso –la mejora existencial–, es lo que las novelas de caballería inspiraron a Quijano, no tanto por las aventuras, sino por los valores y virtudes que las mismas exigen de quienes las viven.

La lectura invita, y en muchos casos obliga, a la mejora existencial. El lector puede desear vivir de acuerdo con los valores y virtudes de Jean Valjean en *Los miserables* (Victor Hugo); del teniente D´Hubert en *Los duelistas* (Joseph Conrad); de Riviere en *Vuelo nocturno* (Antoine de Saint-Exupéry); de Howard Roark en *El manantial* (Ayn Rand); del doctor Bernard Rieux en *La peste* (Albert Camus); de Santiago en *El viejo y el mar* (Ernest Hemigway). El lector puede intentarlo y conseguirlo. De allí el poder subversivo de la literatura, de la novela, de la ficción: inspiran a ser, moralmente mejores y eso, en nuestro mundo amoral, como en el de Alonso Quijano, es terriblemente subversivo.

Pero una cosa es querer vivir cada uno su vida, conforme a los valores y virtudes que forjaron la existencia de Valjean; fraguaron la de D´Hubert; esculpieron la de Riviere, formaron la de Roark, moldearon la de Rieux, y dieron sentido la de Santiago, ¡vidas de ficción!, y otra muy distinta intentar revivir, en la nuestra, la vida de cada uno de ellos. Esto último implica un compromiso con la literatura que va más allá de lo cuerdo, dando como resultado ese peculiar tipo de locura, la quijotesca, sin olvidar que lo importante en tales casos es el adjetivo –quijotesca–, más que el sustantivo –locura.

Porque una cosa es querer vivir la vida de un hidalgo manchego, con poca fortuna y menos ocupación, a no ser la de lector, ¡que ya la quisiéramos algunos!, los valores y virtudes del Caballero de la Ardiente Espada, de Bernardo del Carpio, de Reinaldo de Montalbán, y otra muy distinta tener la oportunidad de poner en juego esos valores y esas virtudes en aventuras como las vividas por tan encumbrados caballeros andantes. Lo primero no es poco, pero lo segundo es mucho más, y así le pareció a Alonso Quijano, quien "se enfrascó tanto en su lectura, que se pasaba las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el celebro de manera que vino a perder el juicio, y llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo".

Quijano, al leer sus novelas de caballería, dejaba de ser el que era habitualmente, "hidalgo de los de lanza en ristre, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor", con "una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino por añadidura los domingos", que "consumían las tres partes de su hacienda", para convertirse en los caballeros andantes, protagonistas de tales aventuras. Pero Quijano no se conformó con convertirse en todos ellos a la manera tramposa, propia de las ficciones, por lo que "rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama (...), y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio priesa a poner en efecto lo que deseaba", y se la dio, porque, como lo señala Savater, a quien cito: "leyendo multiplicaba su vida y descubría con la imaginación nuevos sentimientos, aventuras y escalofríos", ya que para él "abrir un volumen era como beberse un elixir mágico que le transformaba en seres desconocidos. Era una sensación a menudo inquietante, porque de pronto le parecía como si hubiese cambiado de alma."[5]

Pero, ¿en qué consiste *el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo*? En la pretensión de ir por el mundo, no solamente evitando el mal, sino haciendo el bien, y haciéndolo de la manera más radical: deshaciendo el mal, a favor de los necesitados y desprotegidos. Y ese afán, al inicio del siglo XV, o al principio del tercer milenio de la era cristiana es, desafortunadamente, *el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo.* Y todo gracias a las novelas que inspiraron a Alonso Quijano. Ojalá y *Don Quijote de la Mancha* inspire en nosotros lo que las novelas de caballería inspiraron en don Alonso Quijano, inspiración a la cual respondió con generosidad.

1 Paréntesis mío.
2 Vargas Llosa, Mario, *La verdad de las mentiras*, Punto de Lectura, Madrid, 2003, p. 16.
3 *Idem*, p. 17.
4 *Idem*, p. 22.
5 Savater, Fernando, *El gran laberinto*, Ariel, Barcelona, 2005, p. 16.